

DIÓCESIS DE ALMERÍA

2



CURA  BEATIFICACIÓN
VALERA

CATEQUESIS ANTE LA BEATIFICACIÓN DEL CURA VALERA
**«EL SACERDOCIO AL SERVICIO
DE LA COMUNIÓN»**

HUÉRCAL-OVERA | 7 DE FEBRERO DE 2026

Antes de adentrarnos propiamente en la figura del sacerdote quizás sea bueno hacer un análisis fenomenológico de cómo ve la sociedad al sacerdocio. En otras palabras, ¿qué piensa el mundo de hoy de los sacerdotes?, ¿cómo es percibido un cura en nuestra querida España? Si hacemos una prueba sociológica muy sencilla, obtendremos una respuesta muy clara. Cuando se preparaba esta catequesis escribimos en el buscador de Google lo siguiente: «noticias sobre sacerdotes de la Iglesia Católica en España». De nueve enlaces rápidos que encontramos, cinco de ellos tenían un titular negativo. ¿Se ajusta a la realidad esta percepción? Seguramente si hemos tenido la ocasión de conocer el ministerio sacerdotal de alguien cercano a nuestras vidas tendremos una idea del sacerdocio bastante distinta.

Con esta catequesis pretendemos conjurar esta visión peyorativa a la vez que dar a conocer a un sacerdote llamado D. Salvador Valera Parra, popularmente conocido como «el cura Valera», que, oriundo de Huércal-Overa, ejerció dicho ministerio durante el siglo XIX. A partir de él intentaremos ver qué puede aportarnos para entender cómo es un sacerdote en el siglo XXI.

1. BREVE REFLEXIÓN SOBRE EL SACERDOCIO

Comencemos por una aproximación básica de lo que entendemos por sacerdote. De forma breve se puede decir que un sacerdote es un hombre «ordenado» por la Iglesia para celebrar los sacramentos y guiar pastoralmente a la comunidad que a él se le encomienda. En otras palabras, es un ministro llamado a vivir y compartir la fe con amor y fidelidad en medio de la comunidad.

Se suele decir también que el sacerdocio es un don o regalo de Cristo para la Iglesia y para el mundo. De hecho, por medio del sacramento del Orden Sacerdotal, un hermano nuestro es configurado con Cristo-cabeza con la misión de enseñar, santificar y pastorear al pueblo de Dios.

1.1. EL SACERDOCIO EN LA SAGRADA ESCRITURA

El sacerdocio tiene profundas raíces en la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. A continuación, vamos a hacer una somera aproximación a los principales textos que fundamentan el sacerdocio.

1.1.1. El sacerdocio en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento, el sacerdocio estaba reservado a la tribu de Leví, y especialmente a los descendientes de Aarón, hermano de Moisés. Este sacerdocio era fundamentalmente mediador entre Dios y el pueblo, encargado del culto, los sacrificios y la enseñanza de la Ley (cf. Ex 28s.; Lev 8s.; Nm 3s.).

1.1.2. Jesucristo, sumo y eterno sacerdote

En el Nuevo Testamento, Jesús es presentado como el único y definitivo Sacerdote, que cumple y supera al sacerdocio antiguo. No pertenece a la tribu de Leví, sino que su sacerdocio es según el orden de Melquisedec (cf. Hb 5, 6.10; 7, 1-28). Jesús ofrece un sacrificio único y definitivo, y con su vida, muerte y resurrección se convierte en el mediador perfecto entre Dios y la humanidad.

Él –con su sacrificio– reestablece de forma definitiva la relación entre el Dios y la humanidad, entre el cielo y la tierra.

1.1.3. Participación de los apóstoles y ministros en el sacerdocio de Cristo

En la Iglesia primitiva, se reconoce que algunos de sus miembros han sido llamados a participar del sacerdocio de Cristo mediante el ministerio apostólico. Es el fundamento del sacerdocio ministerial. De hecho, como recoge san Marcos, «Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios» (Mc 3, 13-15). Además, por ejemplo, confirió a los apóstoles el poder de perdonar los pecados (cf. Jn 20, 21-23) y, al instituir la Eucaristía, la depositó en sus manos (cf. Lc 22, 19).

1.1.4. Sacerdocio común y sacerdocio ministerial

La primera carta de Pedro hace referencia a una «sacerdocio santo» en referencia a todo el Pueblo de Dios.

«vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción de una casa espiritual para un sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo [...] Vosotros [...] sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa» (1Pe 2, 5.9).

Este texto se refiere al sacerdocio común de todos los fieles operado gracias al bautismo. En efecto, todos los cristianos en virtud de las aguas bautismales son configurados con Cristo sacerdote para hacerlo presente en medio del mundo. Ahora, bien, en el Nuevo Testamento hay una clara distinción entre el sacerdocio común de todos los fieles y aquellos que han recibido el ministerio apostólico para predicar, santificar y guiar (cf. Ef 4,11s.).

Así las cosas, la Iglesia católica enseña que Cristo es el único Sacerdote; que todos los bautizados participan de su sacerdocio –sacerdocio común– en virtud del bautismo, y que de entre ellos, algunos hombres son llamados, mediante el sacramento del orden, a ejercer el sacerdocio ministerial, que actúa *in persona Christi capitis* –en la persona de Cristo cabeza–.

1.2. EL SACERDOCIO EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Según el Catecismo de la Iglesia Católica por medio de la ordenación sacerdotal

«el Espíritu marca al presbítero con un carácter espiritual indeleble, lo configura a Cristo sacerdote y lo hace capaz de actuar en nombre de Cristo Cabeza. Como cooperador del Orden episcopal, es consagrado para predicar el Evangelio, celebrar el culto divino, sobre todo la Eucaristía, de la que saca fuerza todo su ministerio, y ser pastor de los fieles» (CEC 327).

San Juan Pablo II en la Exhortación apostólica postsinodal *Pastores Dabo Vobis* había dejado claro que el sacerdocio no es

un mero oficio, sino una vocación divina que se forja en la comunión con Cristo y en la entrega total a la Iglesia. Según este planteamiento el sacerdote es llamado a crecer en identidad, santidad y responsabilidad pastoral: vivir en una continua conversión interior, cultivar una espiritualidad profunda y perseverar en la formación humana, académica y pastoral. Su ministerio –signo sacramental y servicio al Pueblo de Dios– se desarrolla en la unidad con el obispo y con la comunidad sacerdotal, para comunicar la Palabra y administrar los sacramentos con verdad y amor. La libertad de corazón, la obediencia y el celibato son expresiones de la entrega total para la misión de la Iglesia en un mundo siempre cambiante. En síntesis, el sacerdocio, según *Pastores dabo vobis*, es un regalo de Dios que exige fidelidad, discernimiento y cercanía a las personas, para testimoniar la cercanía de Cristo y avanzar la misión evangelizadora¹.

Por su parte, el Papa Benedicto XVI reflexionaba sobre el sacerdocio incidiendo en la distinción de cualquier otro oficio:

«El sacerdote no es simplemente alguien que detenta un oficio [...]. Por el contrario, el sacerdote hace lo que ningún ser humano puede hacer por sí mismo: pronunciar en nombre de Cristo la palabra de la absolución de nuestros pecados, cambiando así, a partir de Dios, la situación de nuestra vida. Pronuncia sobre las ofrendas del pan y el vino las palabras de acción de gracias de Cristo, que son palabras de transustanciación, palabras que lo hacen presente a Él mismo, el Resucitado, su Cuerpo y su Sangre,

¹ Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual *Pastores Dabo Vobis* (Ciudad del Vaticano 1992), nn. 11-18; 35s.; 43-50; 51-56; 57-59.

transformando así los elementos del mundo; son palabras que abren el mundo a Dios y lo unen a Él»².

En efecto, el sacerdocio no es una profesión más ni una salida laboral, sino propiamente un sacramento por el que «Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor»³. Según Benedicto XVI

«esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra “sacerdocio”»⁴.

De ahí que podamos decir que un sacerdote, según la mente de la Iglesia, es un varón consagrado al servicio de Dios y de la comunidad creyente a través del sacramento del Orden. Su misión principal es celebrar la Eucaristía, confeccionar el resto de sacramentos –especialmente la reconciliación y la unción de los enfermos–, enseñar la fe y guiar pastoralmente a la comunidad. Es un ministro ordenado que, junto con el obispo, actúa en representación de Cristo cabeza y pastor, buscando santificar, enseñar y pastorear al Pueblo de Dios mediante la oración, la fraternidad y el servicio humilde a los necesitados.

El papa Francisco insistió en que el sacerdocio es una vocación que la Iglesia propone como un don y un servicio, diseñado para participar en la misión de Cristo y de su Iglesia. En este sentido,

² BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa con ocasión de la clausura del Año Sacerdotal* (Ciudad del Vaticano 2010).

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

su magisterio subraya varios ejes clave a tener en cuenta. En primer lugar, la dignidad del sacerdote llamado a vivir en celibato, obediencia y fraternidad, como signo del Reino y de la presencia de Cristo entre los creyentes. Este don de la vocación, no impuesto, es una respuesta libre a la llamada de Dios, que se manifiesta en la comunidad eclesial y en la formación pastoral⁵.

En segundo lugar, Francisco ha querido destacar –siguiendo la mente tanto del Concilio Vaticano II como del Sínodo de los Obispos de 1985– los aspectos de comunión y el acompañamiento. De hecho, frente a la tentación individualista de nuestra sociedad, sostiene que el sacerdote no actúa solo, sino en comunión con el obispo, con otros sacerdotes y con toda la Iglesia. Para fomentar esto hoy es más urgente que nunca la formación permanente, la espiritualidad sacerdotal y la responsabilidad pastoral. Todo ello está destinado a procurar la plena disponibilidad al servicio de los necesitados y de la misión evangelizadora⁶.

Además, en la mente del Papa destaca sobremanera la dimensión litúrgica y sacramental del sacerdote. Este es presbítero –en el sentido pleno– en la celebración de la Eucaristía, en la administración de los sacramentos y en la predicación de la Palabra. Su presencia sacramental es un signo del amor de Dios que actúa en la historia, especialmente en la celebración de la

⁵ Cf. FRANCISCO, Discurso en el Simposio *Para una teología fundamental del sacerdocio* (Ciudad del Vaticano 2022).

⁶ Cf. ID., Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre *La formación permanente de los sacerdotes* (Ciudad del Vaticano 2024).

reconciliación, la unción de los enfermos y la guía pastoral de las comunidades⁷.

Por último, el Papa de feliz memoria quiere poner en un lugar destacado el impulso misionero. Su enseñanza incide en la llamada a un sacerdocio que salga a las periferias, que se abra a los actuales signos de los tiempos, que se sienta llamado a la misión en contextos urbanos y rurales, entre culturas diversas y frente a desafíos como la secularización y la fragilidad social. La vocación sacerdotal debe ser discernida en oración, acompañada por la comunidad y fortalecida por la formación humana, espiritual y pastoral adecuada⁸.

Recientemente el papa León definía al sacerdocio no como una función aislada, sino como un camino de amistad con Cristo y fraternidad entre hermanos⁹. Por ello, el orden sacerdotal no aísla al sacerdote, al contrario, lo inserta en la dinámica divina del amor partido y compartido con los hermanos. De esta forma, están llamados a ser constructores de unidad, actuando por humildad y amor, no desde la perfección, sino desde el servicio, especialmente en medio de conflictos tanto eclesiales como sociales¹⁰.

⁷ Cf. *Ibid.*

⁸ Cf. *Ibid.*

⁹ Cf. LEÓN XIV, Discurso en el encuentro internacional de *Sacerdotes felices* (Ciudad del Vaticano 2025)

¹⁰ Cf. *Ibid.*

Todo ello, resulta inalcanzable si el sacerdocio no se vive arraigado en la oración, en la cercanía con el Corazón de Cristo¹¹. Por otro lado, incidía en la necesidad de ahuyentar cualquier tipo de miedo en la plena conciencia de que Cristo ya ha vencido al mundo y nosotros con Él en la medida en que nuestra unión sea permanente. A tal efecto, en la homilía de ordenación sacerdotal del verano de 2025 invitaba a los neopresbíteros a vivir su ministerio con amor a Dios, oración constante, fraternidad, y a anunciar, sin miedos ni complejos, la esperanza cristiana¹².

En síntesis, el sacerdocio católico, según el magisterio católico, es un don para la Iglesia, vivido en comunión, servicio en la liturgia y orientado a la misión, con una maduración constante que responde a las necesidades del mundo actual sin perder la fidelidad a Cristo y a la tradición de la Iglesia.

En la vida del «Cura Valera» destacan, como veremos en seguida, gran parte de estas notas definitorias del sacerdocio, a saber: la fidelidad a la llamada, la vida de oración y sacramental, la cercanía a los necesitados y el acompañamiento con misericordia a cuantos acudía a él.

¹¹ Cf. ID., *Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes* (Ciudad del Vaticano 2025).

¹² ID., *Homilía durante la ordenación de presbíteros* (Ciudad del Vaticano 2025).

2. EL CARISMA Y LA MISIÓN DE SALVADOR VALERA PARRA

2.1. BREVES NOTAS BIOGRÁFICAS

Don Salvador Valera Parra nació en el seno de una familia de agricultores muy apegada a la Iglesia. Tal vez por ello orientó su vida desde niño hacia el sacerdocio.

El 27 de febrero de 1816 nace en la villa de Húercal-Overa y a la edad de 14 años, se hace necesario su traslado a Murcia, para poder proseguir sus estudios en el Seminario de San Fulgencio. En esta ciudad le acoge su tía María Josefa, Abadesa del Convento de la Orden de Clarisas Capuchinas, la cual le hospeda en la casa de donados del Convento, una vivienda situada frente al mismo.

A la edad de 23 años, Salvador es ordenado sacerdote el 4 de abril de 1840. Parece ser que la ordenación tuvo lugar en la ciudad de Alicante, ya que el Obispo de Cartagena por aquellas fechas se encontraba refugiado en la localidad de Tudela. Unos seis días después canta su Primera Misa un viernes de primavera, en el Convento de las Monjas Capuchinas, convento que había sido testigo fiel de los desvelos, sacrificios y entrega del joven Salvador. No podía ser de otra manera, el Cura Valera agradecía con este gesto, toda la ayuda recibida.

Días después de su primera Misa, el Cura Valera llega a su pueblo, a Huércal-Overa. No ha llegado a cumplir los 33 años cuando se hace cargo del curato de la Parroquia de San Lázaro en Alhama de Murcia. En este pueblo lleva una vida sencilla y con una austeridad que se acerca a la pobreza, pues tiene como mansión

unos graneros anejos a la iglesia. Enseñó el evangelio a sus feligreses y cuando se despide de Alhama a finales de mayo de 1851, el pueblo le acompañó lloroso a lo largo de la carretera, en la despedida más memorable que se recuerda.

En este año de 1851, la Diócesis de Cartagena convoca oposiciones para las parroquias, ganando el Cura Valera la de Ntra. Sra. de la Asunción de Huércal-Overa, regresando a su pueblo como Párroco. Iniciándose así un largo periodo de trece años, durante los cuales se puede decir, que el Cura Valera, es Profeta en su tierra.

En 1859 Isabel II lo nombró Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica y, a los quince días, caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, por lo que quedó sin efecto la anterior, por ser de rango menor.

Tras muchos ruegos del Obispo don Francisco Landeira Sevilla y, finalmente, haciendo imponer su autoridad, en el año 1864 acepta el cura Valera el encargo de regir la parroquia de Cartagena, la más grande de la diócesis en esa época.

En el año 1865 la ciudad mediterránea sufre una epidemia de cólera y la entrega del Cura Valera es total, llevando consuelo, ayuda y esperanza tanto a enfermos como a sus familiares; no hay moribundo que no reciba la atención del Cura Valera y su auxilio. Tal es el comportamiento de D. Salvador, que el Ayuntamiento de Cartagena reconoce su labor en el libro de actas del mencionado año y le regala un magnífico Cáliz.

El 26 de septiembre de 1868 el General Prim, que es recibido por autoridades civiles y militares de la plaza, las cuales le informan

sobre las virtudes del párroco D. Salvador Valera. Prim desea llevarle a la villa y corte, el Cura Valera solo le pide una cosa: regresar a su querida villa de Huércal-Overa.

A finales de 1868 se ve cumplido el deseo y D. Salvador Valera regresa definitivamente a Huércal-Overa. Es un día grande, las campanas de la iglesia repican de alegría, el pueblo entero sale al encuentro de la humilde carreta en la cual vuelve su Cura, se suceden los abrazos y vítores; el pueblo celebra su regreso.

Don Salvador tiene ya 52 años y una ligera cojera en la pierna derecha, que disimula apoyándose discretamente en un bastón. Y nuevamente Huércal-Overa, vuelve a ser testigo de hechos portentosos, tales como: la lámpara del Santísimo, terremotos, caso de Vicente-Casa Rubio, caso de Práxedes, incendio del Templo, el caso del Velonero, el caso del Cura Mena, diversas predicciones, entre ellas la del sacerdote que le sucedería al frente de la parroquia de Huércal-Overa a su muerte.

El día 15 de marzo de 1889, moría en «olor de santidad» don Salvador Valera Parra, siendo enterrado bajo el presbiterio de la Iglesia parroquial de Ntra. Sra. de la Asunción.

Cuando en 1954 el obispo de Cartagena inició los primeros pasos del proceso de beatificación, innumerables personas expusieron testimonios impresionantes de sus virtudes y merecimientos. Todos coincidieron en la misma apreciación: fue un sacerdote santo.

2.2. ASPECTOS ESENCIALES DE SU MINISTERIO

En primer lugar «acompañó» a la grey a él encomendada. De hecho, su secreto se basaba en partir y compartir su vida con su pueblo destacando su presencia en las alegrías y las tristezas, así como por la acogida y la escucha con corazón de pastor.

En segundo lugar, destaca la doble condición de humanidad y santidad en su persona. Así se comprueba cómo la gracia actúa en la fragilidad de nuestra hechura de barro. En su caso, la santidad fue creciendo con la oración, la humildad y la obediencia. El sacerdote es siempre un servidor que actúa en obediencia a Dios, la docilidad al Espíritu y la fidelidad a la Iglesia.

Por otro lado, su vida deja un mensaje prístino: es imprescindible en el seguimiento de Jesús la coherencia en la fe, la búsqueda de justicia, la defensa de la dignidad humana, así como la promoción de la justicia social y de la paz.

En cuanto a la liturgia, la predicación y la pastoral el «cura Valera» entregó su vida a ello siendo consciente de que el sacerdote celebra, enseña y gobierna por mandato del propio Cristo y el envío de la Iglesia. La predicación es causa de la fe – *fides ex auditu*– y guía moral.

Don Salvador tenía claro que el sacerdocio implica caminar con la comunidad, promoviendo la dignidad, la justicia y la paz. Su beatificación recuerda su opción por los pobres y la defensa de la vida. Además, pone de relieve la imperiosa necesidad de fomentar la disciplina espiritual, así como la santidad en la vida. De ahí que su figura sea acicate para reflexionar sobre nuestra vida de oración, nuestra vida sacramental, la formación permanente, la

dirección espiritual, o nuestras obras de caridad y misericordia, entre otros elementos.

3. TEXTOS BÍBLICOS PARA LA MEDITACIÓN

«Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. El asalariado, el que no es pastor y al que no le pertenecen las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye -y el lobo las arrebató y las dispersó-, porque es asalariado y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor, conozco a las mías y las mías me conocen. Como el Padre me conoce a mí, así yo conozco al Padre y doy mi vida por las ovejas. Tengo otras ovejas que no son de este redil, a éstas también es necesario que las traiga y oirán mi voz y formarán un solo rebaño, con un solo pastor. Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente. Tengo potestad para darla y tengo potestad para recuperarla. Éste es el mandato que he recibido de mi Padre» (Jn 10, 11-18).

En este pasaje Jesús se presenta como el buen pastor, dándonos una clave profunda para comprender el sacerdocio. De hecho, Jesús se describe a sí mismo como el que da la vida por sus ovejas y conoce plenamente a sus seguidores, contrastando con quienes huyen cuando llega la crisis. En este sentido, se pueden destacar algunas ideas importantes:

a) **Identidad y entrega:** el sacerdote, en la línea de Jesús, es llamado a entregar su vida por el pueblo, a colocar el bien de la grey por encima de la propia comodidad.

b) Caridad pastoral: «El que da su vida por las ovejas». El sacerdocio es una vocación de servicio y sacrificio, donde la mayor preocupación es el cuidado, la seguridad y la salvación de la gente.

c) Conocimiento y relación personal: «Conoce a sus ovejas y las ovejas a él». Este pasaje subraya la cercanía, la escucha y la intimidad pastoral. El sacerdote debe cultivar relaciones de confianza, escuchar las necesidades y caminar junto a cada persona.

d) Puerta y guía: Jesús se presenta como la puerta por la que entran y salen las ovejas, y como el buen pastor que guía a sus ovejas a través de su vida y enseñanza. En la tradición, esto inspira la función litúrgica, sacramental y formadora del sacerdote.

e) Unidad con el misterio pascual: «Nadie me quita la vida, yo la doy libremente». El sacerdote participa de la voluntad del Padre, aceptando el misterio de la cruz y la resurrección como horizonte de su ministerio entregando libremente su vida por la salvación de las almas.

f) Enviado como el Señor: Jesús habla de su relación con el Padre y de su autoridad dada desde arriba. El sacerdote actúa en comunión con la Iglesia y bajo la responsabilidad del obispo y del Papa, permaneciendo fiel al único Pastor.

A partir de ahí, lo más destacable es que el sacerdocio no es poder, sino servicio fiel, oración y cercanía. En consecuencia, todos —

sacerdotes y laicos– estamos llamados a una pastoral que escucha, protege, acompaña y da la vida por la comunidad, manteniendo siempre la relación con Cristo Buen Pastor y con la grey que se le confía.

«Y Él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo» (Ef 4, 11s.).

El texto destaca la donación de dones de Cristo a la Iglesia para la edificación. En efecto, Dios dio a la Iglesia apóstoles, profetas, evangelizadores, pastores y maestros para conducir a los cristianos a los que denomina «santos». El sacerdocio se inscribe en este don cuyo objetivo es la edificación de la comunidad. Algunas notas características de este don:

a) Servicio y maduración de la fe: el ministerio ordenado existe acompañar y servir a los creyentes en su proceso personal de fe.

b) Unidad en la diversidad: como un cuerpo tiene muchos y diversos miembros así es cada comunidad cristiana. En ella el sacerdote debe ser vínculo de comunión.

c) Enfoque eclesial: el sacerdocio debe ser entendido como servicio dentro de la comunión eclesial, promoviendo la madurez en la fe y la misión evangelizadora.

En síntesis, Ef 4, 11-12 sitúa el sacerdocio dentro de la misión de formar, fortalecer y unir a la comunidad para que la Iglesia cumpla su vocación de testimonio, santificación y servicio en el mundo.

4. PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- ¿Qué significa que el sacerdocio es una vocación y no una simple profesión?
- ¿Por qué el sacerdocio es un don de Dios para la Iglesia y para el mundo?
- ¿Has conocido algún sacerdote cuya vida te haya inspirado? ¿Por qué?
- ¿Qué diferencia hay entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial?
- ¿Qué rasgos crees que debe tener el sacerdote en la sociedad actual? ¿cuáles son sus principales tareas?
- ¿Cómo debería ser su encarnación en un mundo tan plural para que el anuncio del Evangelio sea efectivo?
- ¿Cómo puede un sacerdote ser puente entre la Iglesia y las realidades sociales, culturales o marginales de hoy?
- ¿Qué puede aportar un sacerdote al ser humano en el momento presente?
- ¿Cómo puede el sacerdote acompañar la fe de las nuevas generaciones?
- ¿Crees que son necesarias hoy las vocaciones sacerdotales? ¿Cómo se pueden fomentar? ¿Qué papel tiene la familia y la comunidad parroquial en el despertar vocacional?

- Una vez que hemos profundizado sobre la vida sacerdotal de Don Salvador Valera Parra, ¿crees que es un testimonio útil para los cristianos del siglo XXI?

